

Rosas

Santiago Rodríguez Camargo

# Rosas



SRC

# Capítulo 1

## Rosas

La partida se animaba cada vez más. Los cuatro nos mirábamos con ojos ociosos y excitados, tratando de intimidar a los demás y obtener alguna ventaja. La señora Magnolia y yo íbamos ganando, teníamos todos nuestros discos y si acertábamos nos llevaríamos el premio.

Aster y el viejo Jacinto habían jugado con astucia, pero aún estaban rezagados y se veían inquietos. El primero levantó su juego y enseñó dos rosas. Miró rápidamente nuestros discos y analizó cada rostro, buscando una señal, un descuido. El anciano se lo dio. Un leve abrir de los ojos bastó para que Aster tomara una decisión y levantara el primer disco de Jacinto. Un lirio de hermosos pétalos amarillos vio la luz. La mirada del muchacho se iluminó y este, ahora más seguro y un tanto altivo, se dispuso a levantar el último disco. Ya tenía tres flores, pero había apostado por cuatro. El chico analizó de nuevo nuestros rostros, mientras movía su mano izquierda por encima de los tableros. Al detenerse otra vez en el juego del viejo Jacinto, este emitió un débil gemido. Sin dudar un segundo Aster le dio vuelta al disco. Su rostro palideció en un instante y se cortó su respiración. Los dos rojos ojos sobre la mesa le miraban con ira, y la blanca sonrisa se burlaba de su ingenuidad. Un casco samurái de color rojo y adornos dorados adornaba la temible calavera.

La señora Magnolia agarró fuertemente el brazo del muchacho, justo a tiempo para impedirle quebrarse en llanto. Una más y perdería el juego. Sentí pesar por el pobre. ¿Por qué diablos estaba allí? ¿Realmente necesitaba el premio? Era fácil adivinar los motivos de los otros. Jacinto y Magnolia eran viejos, arrugados y sin dientes, quizá no vivirían mucho. ¿Pero el chico? Era joven, y no parecía enfermo en absoluto. De vez en cuando llegaban incrédulos muchachos a jugar, creyendo que no se trataba más que de mitos y mentiras, para llorar luego desolados cuando perdían. Quizá el premio no era para él. Las reglas permitían entregarlo a cualquier persona, una vez se ganaba. Quizá sólo era un buen chico, que amaba demasiado a alguien. Aún más triste historia, pues yo no iba a permitir que ganara ni él ni ninguno otro, no más. Yo necesitaba el premio para Violeta, mi pobre hija siempre postrada en una cama, incapaz de respirar por sí misma, muriéndose a cada segundo. La salvaría de cualquier manera.

Aster perdió su penúltimo disco. Hasta el viejo Jacinto se llenó de pena por el muchacho; en el fondo nadie disfrutaba ganando en ese juego. Todos pusimos un disco boca abajo y comenzamos una nueva ronda. Uno por uno debíamos disponer uno de nuestros discos, flores o calavera, hasta que alguno se arriesgara a apostar por un número. Los demás intentábamos subir la apuesta, aumentando el valor del número hasta que

todos pasábamos o el número igualaba el total de discos sobre la mesa. Entonces aquel que hubiera dicho el número más alto debía levantar esa misma cantidad de discos de cualquiera de los jugadores. Si lograba revelar sólo flores vencería, si levantaba una calavera, perdía uno de sus propios discos. Cuando perdías todos tus discos, lo perdías todo. El ganador se quedaba con la apuesta de todos los perdedores, y si todos aún conservaban sus discos, se quedaba con la apuesta de aquel que estuviera en última posición. Afortunados aquellos que no quedaban al final, pues conservaban lo suyo, por lo menos hasta que empezara otro juego. Esas eran las reglas. Seguías jugando hasta que ganaras o perdieras, nadie podía abandonar. Nadie. Era un juego de engaños y mentiras. Cruel como la muerte.

El juego siguió un par de rondas. Ambos Jacinto y yo perdimos un disco. Aster jugaba sin arriesgarse y la señora Magnolia se alegraba de su ventaja.

Este ya era mi cuarto juego y ya estaba cansado. Me lamenté para mis adentros, me castigué y me maldije, porque me había convertido en un asqueroso monstruo que sólo deseaba la victoria. No podía seguir ahí, debía terminar la partida.

Decidí ayudar al pobre muchacho. Teniendo cada uno de mis adversarios un disco sobre la mesa y yo dos, me apresuré a apostar por dos flores. Con cabeza fría miré a Aster y le guiñé rápidamente el ojo, para luego bajar la vista sutilmente a mi propio juego y sonreír. El joven comprendió sin problema que le daba una oportunidad, por lo que de inmediato gritó 'tres'. Había muy pocos discos en juego, y sabía que ninguno de los otros dos se iba a arriesgar, pues probablemente sus propios juegos ocultaban los fatídicos cráneos.

La mesa se quedó en silencio, otorgándole la delantera a Aster. Sonriendo y casi con lágrimas en los ojos levantó su propio y único disco dejando ver la rosa. Luego dio vuelta a mi primera orquídea. Antes de su último movimiento felicité al muchacho, dándole a entender que iba por buen camino. Jacinto me miró horrorizado. Sin titubear Aster dio vuelta a mi último disco. La deforme calavera de ojos asimétricos y negra mandíbula quedó boca arriba.

El pobre muchacho soltó un grito mortal, desgarrador, como si su alma hubiera sido brutalmente mutilada y arrancada de su cuerpo. Sus ojos se hundieron hasta desaparecer y la piel de su rostro empezó a caer como carne podrida. En un instante se desplomó muerto sobre la mesa, el cráneo blanco y limpio. Su rosa se transformó entonces en una calavera de líneas de colores, su propia calavera.

Sonreí para mis adentros. Ahora si ganaba podría quedarme con el resto

de su vida, para Violeta.

Inspirado en el juego de mesa "Skull"

Santiago Rodríguez Camargo